

Alfonso XIII.



Amnistía póstuma a tres ilustres exiliados

Alfonso XIII - Alcalá Zamora - Manuel Azaña

Ahora que estamos en plena política de reconciliación, nada más oportuno que dar oídos a esos rumores que nos llegan sobre una "amnistía más allá de la vida". Hay muchos viejos políticos cuyos restos mortales descansan fuera de la patria en la que nacieron. También para ellos ha sonado la hora de la amnistía, que no es otra cosa que rehumarlos en nuestros cementerios.

Amnistía para los vivos, sí, pero también para los muertos, como aquellos ilustres personajes de los años veintitantos y treinta y tantos, que se llamaron Alfonso XIII de Borbón, Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña, entre otros.

Si hemos de conciliar la "cosa" política de los delicados momentos actuales, debemos conciliarnos con el pasado, es decir, disponernos a ajustar los ánimos de los que están opuestos entre sí. Y mediante esa acción conciliadora, llegar hasta la total recuperación de las amistades perdidas y tratar de armonizar los ánimos hasta hoy desunidos.

Una amnistía más allá de la vida, hasta la muerte, que sería la mejor y más hermosa manera de olvidar amorosamente y de alrear banderas de hermandad y de paz.

Alfonso XIII

"Nacer rey, no haber sido otra cosa y tener que empezar una nueva vida en la madurez, excluido de la única actuación a la que toda su vida se había consagrado: ¡áspero destino!".

Así comentó el de Alfonso XIII, Sir Winston Churchill en el capítulo que le dedica en sus semblanzas "Grandes contemporáneos".

Monarca constitucional de un país valeidoso e inquieto, hábil político, dotado con la gran memoria y simpatía de los Borbones, de indiscutible empaque real, tuvo que enfrentarse ante muy críticas situaciones, el confusiónismo callejero y la trágica situación en África, lo colocaron entre la espada y la pared de liberalismo o dictadura.

Elegió —o no tuvo elección— la espada, y aunque la llamaron "dictadura", fue ferozmente combatida por los intelectuales del momento y precipitó la prevista caída de un trono secular, tras las elecciones municipales del domingo 12 de abril de 1931. Las grandes ciudades ibéricas, vencedoras, proclamaron el martes 14 la Segunda República Española. El rey, nuevamente constitucional, en gran patriota, en gran señor, no abdica ni renuncia a derechos legados por la historia sino que "se limita a suspender deliberadamente el ejercicio del poder real mientras habla la nación". Así lo declaró oficialmente, para evitar —¿intuyó el del 36?— un derramamiento de sangre.

En el exilio

Abandonado de casi todos —exceptuando La Clerva, el general Cavalcanti y pocos más— sale la misma tarde del 14 hacia Cartagena, hacia el destierro, en el Crucero "Príncipe Alfonso". Tras 24 horas de viaje desembarca en la "Joliette", muelle del puerto de Marsella, y es en el momento en el que pone pie en el destierro, cuando Don Alfonso entra en la historia, según su gran biógrafo, el conocido escritor Melchor Fernández Almagro.

Primeros pasos en el exilio, primera decepción. ¿Se había producido al menos una pequeña reacción monárquica? Los pueblos son ingratos. No se había producido ninguna y toda España jaleaba a la "niña bonita". El Duque

de Miranda y el Almirante Rivera fueron los testigos de esa decepción real, tal como lo cuenta otro de sus historiadores, el Duque de Maura, en la interesante obra "Así cayó Alfonso XIII". Y de ahora en adelante los 10 últimos años de su vida se caracterizarán por esa aureola melancólica que rodea todo destierro.

Su preocupación española es constante. Elocuentes pruebas los diversos manifiestos firmados por su pluma. Desde Marsella viaja a París, donde es recibido con simpatía. Un mes más tarde, en Londres, declara al director de "ABC", estar "decidido a no poner dificultades al Gobierno Republicano, que es para mí en estos momentos, el gobierno de España".

Pero al desbordarse la situación por muchas causas, un año después vuelve a manifestarse y a través de Vallillano "exhortando la unión de todos los monárquicos españoles".

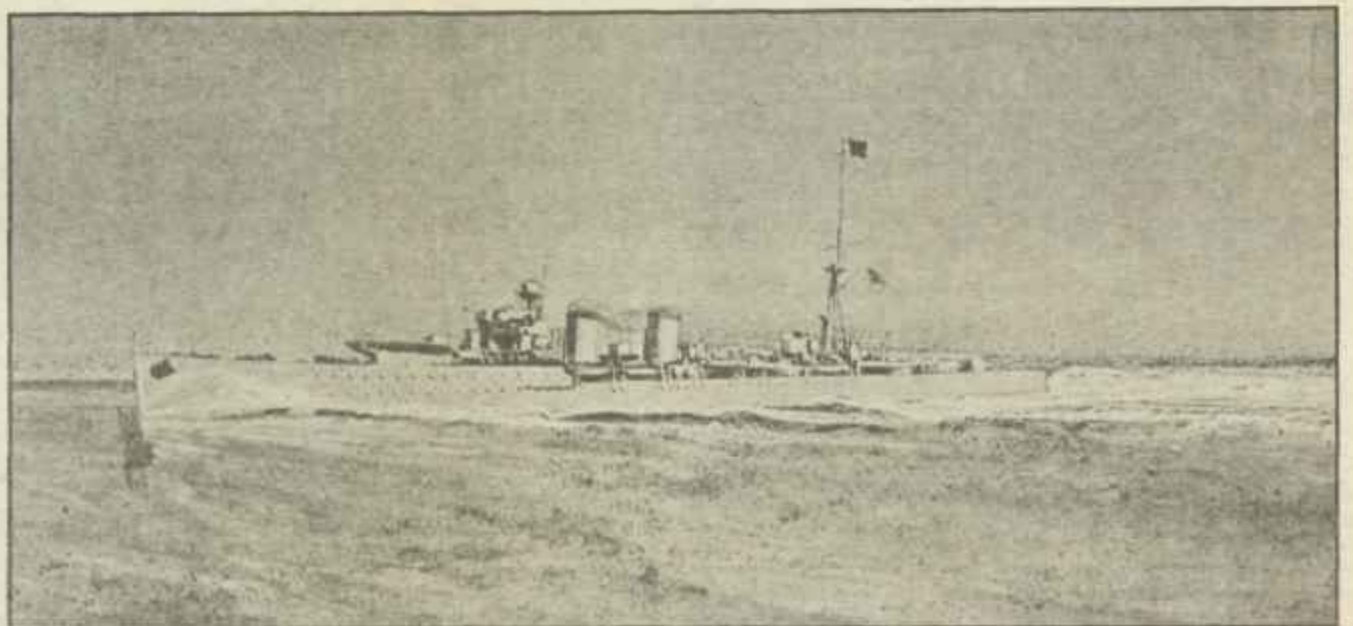
Ha mantenido una entrevista con Don Jaime, jefe de la rama tradicionalista, confirmada con el sucesor de éste, el Infante Don Alfonso Carlos de Austria. Pero la firma de las dos ramas borbónicas no pasa —de hecho— de un tratado de emergencia, aunque el 12 de octubre de 1935 se casa en Roma con una infanta de la casa carlista. Su hijo, Don Juan, es el auténtico heredero tras la renuncia del Príncipe de

Asturias, por matrimonio morganático con la señorita Sampedro y la del Infante Don Jaime por causa análoga. Pero todo es ya abdicación. Don Alfonso no se hace ilusiones. Desde Fontainebleau, parques monárquicos de frondosas nostalgias, hasta su residencia oficial en Italia —con escapadas a Austria y a Suiza—. Apasionado interés ante la guerra española, el rey, con la triste certeza de ese "áspero destino" fallece en Roma a principios de 1941, de funesta memoria en la Segunda Gran Guerra. ¿Por qué han hecho falta 37 años para que ocupe el lugar que le corresponde en El Escorial, palacio, pudridero, museo, al que se debe por patria, por oficio, por institución?

Don Niceto Alcalá Zamora

La ironía del sino se manifiesta a veces con insospechadas coincidencias dramáticas. Si el rey "entra en la historia" al pisar el destierro, don Niceto Alcalá Zamora accede a ella cuando es elegido presidente. En diciembre de 1931, un ceceante cordobés de Priego, católico practicante, buen abogado, brillante orador y político —sólo a veces— inge-

(Cont. en pág. siguiente)



El "Príncipe Alfonso" sería precisamente el barco que llevaría a Alfonso XIII al destierro.

Amnistía póstuma...

(Viene de pág. anterior)

nuo, alcanza la "más alta magistratura de la nación". Ex secretario de Romanones, antiguo ministro monárquico, querrellado con el antiguo régimen, don Niceto, apodado irrespetuosamente "El Botas" por una picaresca ibérica de ultraderecha, encarna un sistema republicano llamado muy clarividentemente por el historiador Emiliano Aguado "último disfraz de la restauración". Disfraz paradójico que tras colmar sus ambiciones lo arrastra hacia una triste caída.

Un presidente burgués, conservador, ante las elecciones triunfantes de la CEDA no se ayuno a un acuerdo, y corre por Madrid un divertido telegrama (apócrifo, sin lugar a dudas) en el que Don Niceto comunica su negativa de recibir a José María Gil Robles: "Ni cito, ni cedo ni CEDA". Pero las urnas entregan el poder en febrero del 36 al Frente Popular, y el 7 de abril del citado año, la misma República anticonstitucionalmente expulsa al titular que durante 5 años la simbolizó, sobre la aplicación del artículo 83, artículo en el que felsean la disolución de las constituyentes. El gobierno es asumido provisionalmente por Martínez Barrios, ante la espera de la elección de Azaña, el super candidato. El hispanista francés Jean Descola, comenta (pág. 166 de "Despaigne") que Don Niceto no es el presidente que conviene al giro de la nueva República". Y se le posterga de un modo ya definitivo. Tras la derrota, con el grupo de refugiados de Pau, parte hacia América, y después de largo y sosegado retiro, lleno de dignidad, muere en Buenos Aires, gran acogedora de exiliados, a los 70 años, en 1949.

Acalá Zamora, hombre de honestidad intachable en su doble vertiente de monárquico y republicano, aunque camarillero y barroco, influido por viejas politiquerías y resabios cortesanos, se lanzó a un juego político que se volvió en contra suya. Pero la lealtad y firmeza con las que se opuso a los fusilamientos de los condenados a muerte de 1934, por la derecha del Gobierno Lerroux, es suficiente para rodear su imagen con una luz de prestigio y hombría de bien (aunque no fuese pagado con la misma moneda) frente a esa historia a la que había accedido.

Don Manuel Azaña

Fue Azaña, según Salvador de Madariaga, en "Españoles de mi tiempo", el español de más talla que reveló la breve etapa republicana y a parte de algunas rivalidades protagonistas y un poco ingenuas, lo trata elogiosamente como "gran hombre de estado, gran poeta, aunque a veces tal vez por aislamiento, inferior a sí mismo".

Fue efectivamente el segundo presidente de la Segunda República, el gran desconocido que con tanto calor cita siempre su cuñado Cipriano, compañero de gloria e infortunio, con el que cruzó la frontera, ya prácticamente derrotado, el 7 de febrero de 1939. Poco antes, en el diario de Pedralbes, 19 de enero del citado año, terminan sus admirables memorias con esta descorazonadora y lacónica línea: "Oímos el bombardeo de Iguajada". Pues bien, ese

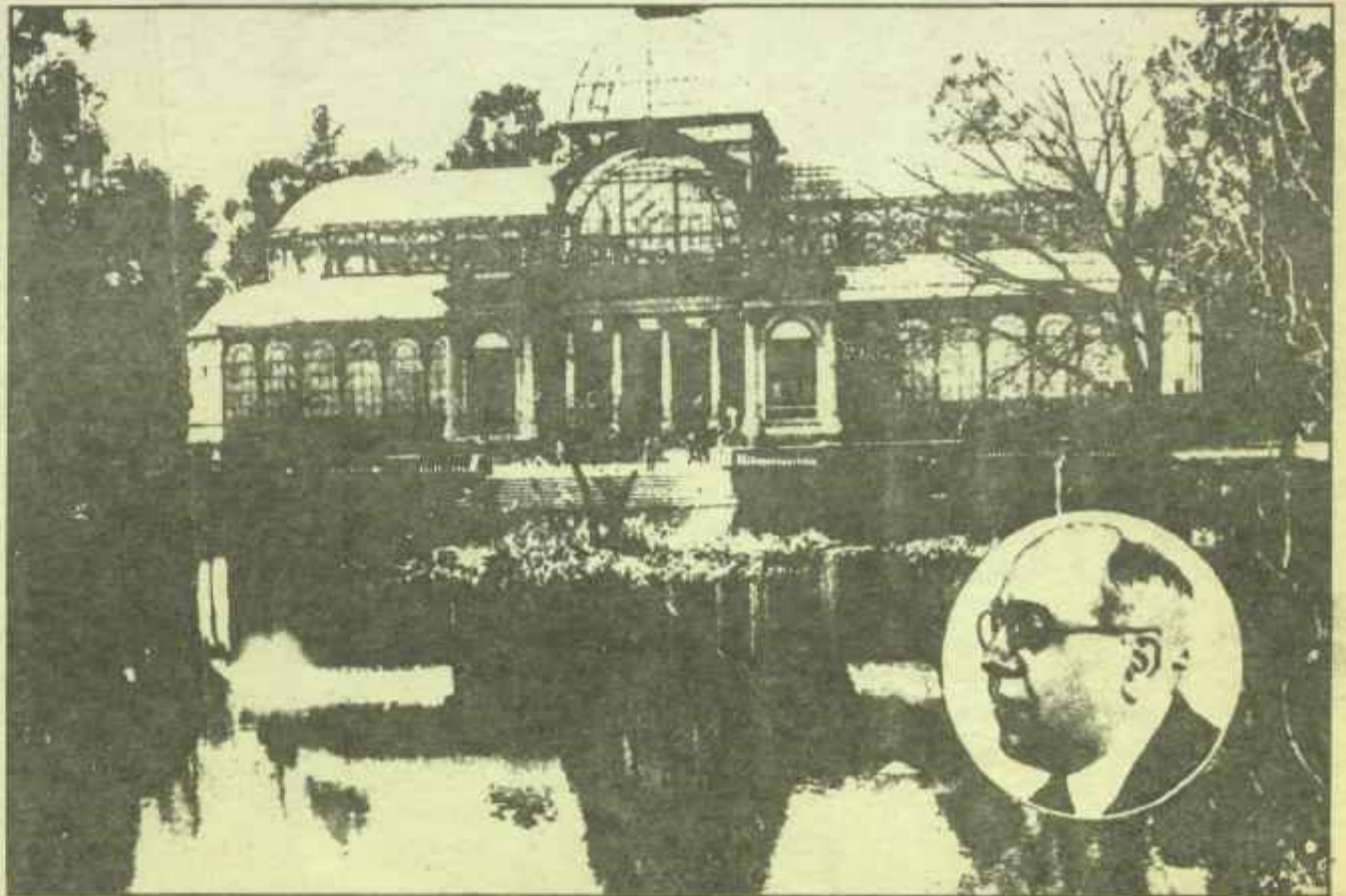


Foto de 1936, del día de la elección de Azaña

bombardeo no dejó de perseguirle en su corto y amargo destierro.

La primera etapa fue Collonges Sous Salève, en la Alta Saboya, en una casa "la presle", que comparte junto a Lola, su mujer, con su familia política. Marcha enseguida a París, a la embajada española desde donde dimite oficialmente. Oída la opinión del general Rojo, jefe responsable de las operaciones militares en presencia del Presidente del Consejo (Negrín) de que la guerra está perdida, y en vista del reconocimiento del General Franco por los gobiernos de Francia e Inglaterra, vengo a dimitir la presidencia de la República (27 de febrero de 1939).

Enfermedad y muerte

Se trata también en París de editar sus "Memorias políticas y de guerra" y de su diálogo poético-testimonial "Velda en Benicarló" publicado en Francia en setiembre del mismo año, justo el día de la declaración de la Guerra Mundial. Ese día, Manuel Azaña ya gravemente enfermo se encuentra junto a Arcachon, a donde se ha trasladado, en una villa, a la que —inveterada costumbre de escritor— quiere cambiar el nombre ya que "Epeden" resulta falsamente paradisíaco. Por la ocupación alemana el Gobierno de Vichy le recomienda un nuevo cambio de residencia, y a pesar de los con-

sejos de sus antiguos colegas, Miguel Maura y el doctor Negrín, a favor de Inglaterra, además de las gestiones realizadas ante los EE.UU. por medio del embajador Bowes, prevaleció su intención de permanecer junto al país del que fue Presidente de la República y muere en Montauban, Gorn et Garonne donde se halla enterrado, el 4 de noviembre de 1940. Lo visita el Arzobispo de Toulouse, pero ya de cuerpo presente.

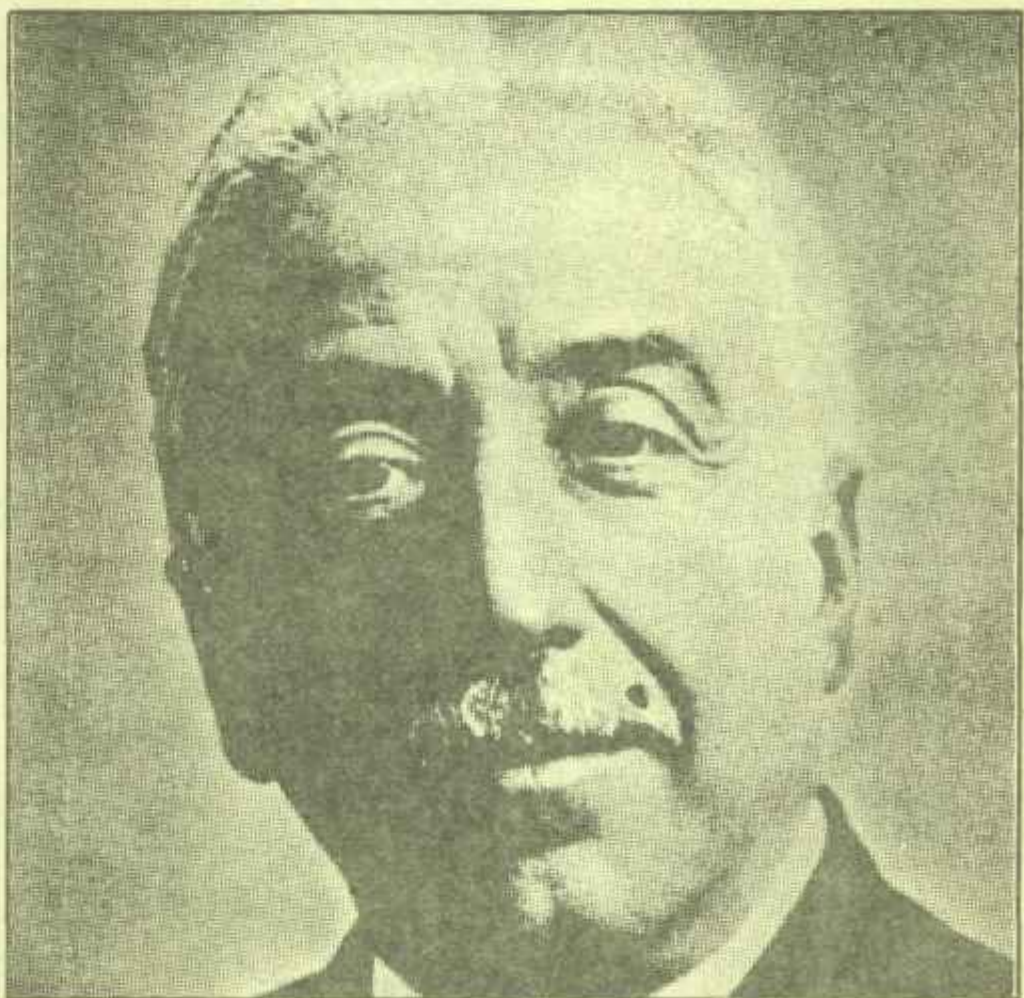
Manuel Azaña Díaz ha sido el más criticado e incomprendido de los políticos de su tiempo. ¿Se debió a una superioridad intelectual desdeñosa ("Escritor sin lectores", lo calificó Unamuno) o a un tímido pudor que se tradujo en aparente indiferencia?

¿O sumado todo ello al desastre que tuvo la desgracia de protagonizar como símbolo de un partido, el vencido? Lo cierto es que en sus memorias se muestra ante la mal informada opinión, sorprendentemente sensible, lírico, a veces incluso, tierno (quién le hubiera dicho que por encima de otros libros suyos con pretensiones literarias, es el testimonio cotidiano, de sus ideas en el poder, el que iba a rehabilitarlo frente a una España a la que —sin duda— amó y por la que fue tratado con tanta injusticia). Lástima que su viuda, Dolores Rivas Xerif, compañera admirable, se oponga a esta suprema reconciliación, a este traslado definitivo.

Isabel Ortiz de Muguruza



Manuel Azaña



Alcalá Zamora